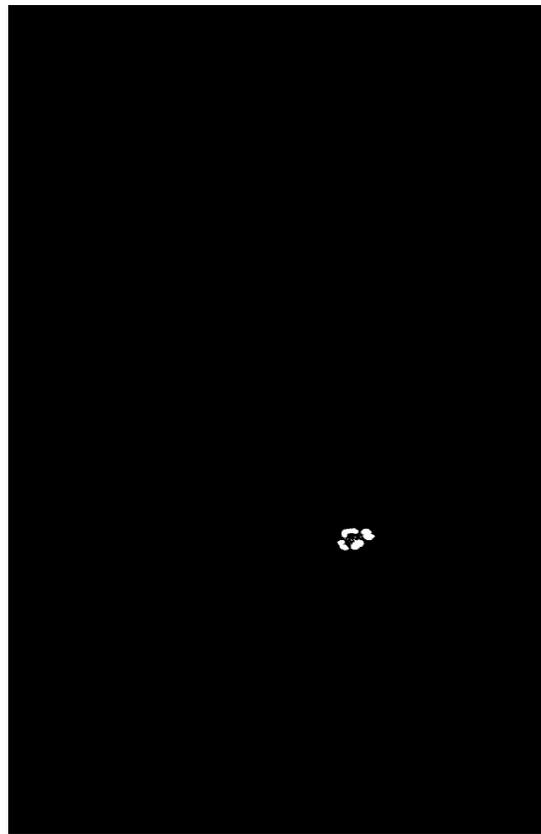


SOBRE LA NOCHE Y LA SOMBRA

Fernando Urbina Rangel



**Bogotá - Ciudad Universitaria
2017**

Año del sesquicentenario de la Universidad Nacional de Colombia

En el bosque, un bichito luminoso
—quizás una luciérnaga—
me hizo sentir la profundidad de la Noche.



Strigidae. Dibujo de un petroglifo reseñado por Elizabeth Reichel
La Pedrera – Río Caquetá

LOS OJOS DE LA NOCHE

Al entrar a la sede de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá por la calle 45 y luego de recorrer el trayecto que más me carga de energía –el bordeado de fornidos pinos romerones que vi crecer casi ‘desde que eran semilla’, repitiendo el decir de Bárbol–, me topé con la mirada imperiosa del águila arpía, en el afiche oficial de la Exposición *El Origen de la Noche*. El autor de tan espléndida fotografía es mi amigo Juan Manuel Rengifo.

Esa imagen despertó vivencias entrañables. Las inmediatas tuvieron que ver con esa gran rapaz, considerada la más poderosa del mundo, podio que disputa con el águila monera de Filipinas. Mi trabajo de rastreador de mitos amazónicos me permitió dar con *La historia de Dījoma – El hombre-serpiente-águila*, en la extensa versión detenada por el Abuelo don José García de la Nación Féénemīnaa (Muinane), quien la había recibido de sabedores Murui-Muina (Uitotos); pero las vivencias más profundas, por lo primeras, provienen de mi infancia y adolescencia, ya tan lejanas.

Ahora, al contar más años de los que llegó a sumar mi padre, lo evoco. En temas de vida salvaje mi instrucción comenzó cuando pude manejar una caña de pescar. Iba en su compañía, con toda la familia, en paseos de olla, a pescar rampuches (nicuros, barbudos, capaces) en ríos cercanos a Cúcuta, que no fueran el Pamplonita, en extremo contaminado por las “doctas heces” –así las llamaba mi progenitor– provenientes de todas las alcantarillas de Pamplona, la Ciudad Mitrada, sede de Palacio Arzobispal, seminarios y conventos, Tribunal Superior... y de un montón de colegios donde fungían internados repletos de platudos venezolanos... que lo fueron

y en grande en ese lejano entonces, antes de que una oligarquía corrupta y unos revolucionarios ineptos hubieran desperdiciado su pura buena suerte, como país ultra rico en petróleo... cuando era caro. En uno de esos colegios llegué a cursar bachillerato, interno, y, de vez en cuando, el grupo de maestros aficionados a la pesca de truchas me incluía en sus salidas al río Chitagá y al páramo de Berlín.

Sumando otros añitos pude, además, manejar escopeta en las fincas familiares, ubicadas entre el río Grita y el Guaramito, en Venezuela, haciendo frontera con Colombia. Las inmensas selvas casi intocadas fueron un escenario para muchas partidas de caza; en ellas encontré la misma fauna con que trajinan los indígenas amazónicos y orinoquenses, quienes me enseñaron, tres lustros después, que sólo se debe cazar lo indispensable para comer y nunca por placer deportivo, so riesgo de disgustar a la *Dueña-de-los-animales*. Esta formidable entidad mítica atenta contra los cazadores que matan sin necesidad; extravía a los irresponsables, metiéndolos por sendas sin regreso, enfermándolos de gravedad o, en el peor de los casos, haciéndolos caer en la seducción de su bellísima hija, y matándolos durante la prueba a que eran sometidos antes de permitir su coyunda, para luego –vuelta jaguar insaciable– devorarlos.

Por fortuna mi padre ya me había marcado ciertas restricciones, como la de no matar carroñeros, garrapateros y, mucho menos, gavilanes, a no ser los cebados en las polladas que con tanto esmero cuidaba mi madre. Por el contrario, me instaba a observarlas con mucha atención para “interiorizar las artes del acecho”, especialmente refiriéndose a las rapaces –diurnas y nocturnas– que tan benéficas resultan controlando las plagas de roedores. Y, de paso, como era su costumbre, me iba introduciendo en el mundo de los mitos griegos donde águilas y mochuelos tienen tanto que decir; su visión prodigiosa es símbolo, respectivamente, del ver que abarca y el ver que penetra. Quizás por eso terminé estudiando Filosofía; tal vez porque la *Dueña-de-las-bestias* me metió, sin remedio ya, en las *Sendas perdidas*¹, o, quizás, porque mi padre –avezado acechador– espiaba mis inclinaciones y me condujo de la mano por ese selva de símbolos para que me dedicara a lo que él más deseó dedicarse –la Filosofía y la Historia–, acto que cumplió a cabalidad luego de jubilarse como magistrado... de los de antes.

Lo cierto es que una vez ubicado en la mejor academia de Filosofía de Colombia, mis maestros –formados unos en las directrices de Ortega y otros en las de Husserl y Heidegger– me siguieron puliendo en las artes del atalayar, sólo que la presa a cobrar es el ser huidizo de los entes, ese que habita el bosque intrincado de los símbolos, por el que discurren sendas de caza, trochas que se siguen no para llegar sino para ser recorridas, y que no están contaminadas por metas; sólo crear ámbitos para dejarnos sorprender por lo insólito.

A veces lo insólito se fragua en un cruce de factores, en coincidencias. Finalizando la carrera, durante el último seminario dirigido de modo magistral por el Profesor Danilo Cruz Vélez y que tenía lugar en el edificio que más tarde recibiría el nombre de *Leopoldo Rother*, una gran lechuza (*Titus alba*) se hizo presente en el alféizar de la ventana del aula del tercer piso. Yo la había pillado ya en clases anteriores. Era su lugar de atalaya; cazaba los ratones que pululan en los amplios prados del campus. Pero esa vez se daba una situación especial; se trataba, nada menos, de la disertación en que el maestro exploró el sentido del animal que acompaña a Atenea, “la de los ojos glaucos”, al decir de Homero. La sincronía no era otra que el estar comentando el pasaje de los *Fundamentos de la filosofía del derecho*, obra en que Hegel alude a cómo la Filosofía es similar el ave de Minerva (la misma Atenea de los griegos) que sólo alza el vuelo al caer la noche; es un asunto crepuscular, no del comienzo de una cultura. En su caso, el filosofar se presenta como la madurez de un mundo, el europeo. Vaya y venga

¹ Nombre de una de las obras más bellas y profundas de Heidegger: *Holzwege*.

con su amañada visión egocéntrica y conclusión europeizante, en la que el mal llamado “Nuevo Mundo” no tiene cabida en la Historia del Espíritu. Tal manera de reducir lo irreductible predispone a Hegel a percibir, alucinado, al Espíritu Absoluto a caballo, en figura de un Napoleón que, a la cabeza de sus tropas, desfila triunfante bajo las ventanas de la Universidad de Jena, luego de la célebre batalla. Eso se siente y piensa cuando se mira al mundo desde una ventana que se abre a una calle... y no sentir y pensar lo que se siente y piensa desde la cumbre truncada de una gigantesca pirámide centroamericana², como sí lo pudo hacer Humboldt – viajero de tantos mundos–, dejándose invadir por la infinitud de la noche estrellada.

El hecho es que en el edificio Rother, y en ese momento, pillé las coincidencias: el tema que desarrollaba el profesor, el animal en el alféizar, el ave que levanta el vuelo asustada con el bullicio que armábamos al terminar la clase, y la noche, sobre todo la Noche. Sí, la Noche estuvo bien presente no sólo por la hora en que se realizaba el seminario, sino porque a mi mente vinieron con toda su fuerza los textos que había trabajado para otro seminario, tres años antes, el de *Presocráticos*, dirigido por el Profesor Trendall, lecturas que me produjeron la más grave conmoción romántica –en grado de intoxicación intelectual– que haya padecido en mi vida –conmoción que me llevó a suspender una noche la lectura del *Hyperion* de Hölderlin. Menos mal que se trataba del Romanticismo Alemán, y no los otros que, empantanándose sólo en la lírica, acusan exceso de mermelada (el caso de su epígono latinoamericano que es el bolero³) y que poco o nada tuvieron que ver con disciplinas tales como las matemáticas, la física, la biología, la filosofía y la historia. Es significativo que a Novalis –“el más romántico de todos los románticos”– lo llamaran “pequeño hijo de los pitagóricos”, por la dedicación a la rigurosa disciplina que enalteció a estos pensadores. Y fue Novalis precisamente el que entonó *Los himnos a la Noche*, y la vio como la reveladora del *Misterium Magnum*. Mi trabajo para ese seminario se tituló “Metafísica de la Noche”. Usando este tema, uno entre alrededor de 50 que venía trabajando, emprendí la presuntuosa tarea –cosas de estudiante primíparo– de cotejar el pensamiento del Próximo Oriente Antiguo, el de los Presocráticos y el del Romanticismo Alemán. El texto se publicó tiempo después (1962) en la *Revista de la Universidad de Antioquia*. Hoy día hay dudas acerca de si la *Noche* se la inventaron los románticos o fue la *Noche* la que se inventó a los románticos.

Lo cierto es que en los textos provenientes de estos tres momentos estelares del pensamiento humano (hay otros, por supuesto), la Noche no aparece como originada sino como originante. Un pasaje de Homero –que en muchas historias de la Filosofía figura con justicia en la lista de los Filósofos Presocráticos– nos dirá cómo Zeus sólo le teme a la Noche (*Iliada*, XIV, 258), la increada, la que precede todo. Si los hombres al jurar ponen por garantes a los dioses, los dioses al jurar lo hacen invocando la inconmensurabilidad de la Noche, entidad que siempre los excede y antecede.

Pero ya desde hace casi medio siglo, luego de mi primer viaje de estudio entre una comunidad indígena amazónica, empecé a acariciar la idea de adelantar ese trabajo académico, recién esbozado, complementándolo con un cuarto capítulo, en el que se incluyeran las reflexiones que sobre la Noche figuran en las tradiciones orales y rituales de los aborígenes de Abya-Yala, esa *Tierra-en-plena-madurez*, como llamaron los Tules del Darién al Continente Prodigioso. El nombre de “América” es fruto de otra imprecisión, igual que su pretendido

² Pasaron 129 años entre la muerte del filósofo y la construcción en la Universidad de Jena de su gran Observatorio Astronómico, dotado con la óptima óptica Zeiss.

³ Mi preferida es la mermelada de arequipe, máxime si va acompañada de los inmortales dejos melosos de Toña La Negra.

“descubrimiento”, y más aún si se la califica como “Nuevo Mundo”, que así lo nombraron –y aún lo nombran– quienes lo declararon equivocado o vacío para hacerlo a su acomodo y justificar no comprenderlo, pero sí esquilmarlo.

Hablando con el Abuelo José García, de la Nación Fééneminaa (Muinane), descubrí otra buena razón que complementa por qué los griegos arcaicos declararan a una estrigiforme como el animal emblemático de Atenea⁴. Fue en el transcurso de una de las tantas partidas de caza en que lo acompañé en las selvas vecinas de la quebrada Takana, que discurre cerca de Leticia, antes de rendir sus aguas al RÍO⁵.

Aún había algo de luz crepuscular, y la luna llena ya estaba cobrando fuerza cuando nos trepamos a atalayar desde una plataforma arbórea, a la espera de alguna boruga que viniera a cebarse en los frutos de un árbol que el Abuelo tenía localizado y que revisaba periódicamente. Había huellas no muy frescas de tal animal, pieza predilecta de los cazadores por la sabrosura de su carne y por no tener su consumo cortapisas rituales. –Ponga cuidado–, me dijo el Abuelo en un susurro. –Ahí, en la rama pelada de aquel árbol, viene a pararse una lechuza; ese es su lugar de atalaya. No hay competencia; caza ratones; nosotros, borugas, que son muy grandes para ella; pero alguna vez vi una agarrando un tintín chiquito.

En un determinado momento el Abuelo me dio un leve codazo. –Ya llegó–, me susurró. –¿La boruga?–, pregunté, admirado del ojo de don José, que había podido vislumbrar al animal entre lo oscuro sin encender su linterna. –No–, me replicó, –la lechuza. Y sí, contra el cielo se podía distinguir la silueta. Alcé mis binoculares y observé. De pronto creí percibir un rápido movimiento giratorio de su cabeza. Oí el susurro del Abuelo: –Ve todo: lo de atrás, lo de encima, lo de abajo, lo de los lados y lo de adelante con un solo golpe. Es el animal que más ve porque es el que más abarca con la mirada– concluyó.

Esa noche cazamos una boruga, pero no desde la atalaya, sino al regreso, remando en nuestra frágil canoa y alumbrando las riberas del quebradón.



Strigidae. Grabado paleolítico
Cueva de Chauvet. Francia

⁴ En estricto rigor, lo griegos hicieron del mochuelo el “ave de Atenea”. Su nombre científico es *Athene noctua*. El saber popular suele confundir al búho y la lechuza como el ave emblemática de esta diosa. Los tres pertenecen al orden de las Strigiformes, que se divide en dos familias: *Strigidae*: búhos y mochuelos entre otros, y *Tytonidae*: lechuzas. También Atenea cuenta a la serpiente entre sus animales emblemáticos; casi ciega se consume en cuevas o lagunas, profundiza, se integra; se equilibra con el ave que, además de tener un finísimo sentido auditivo, penetra las sombras y apartando el velo de las apariencias desnuda la esencia de los seres. El filósofo es quien se compenetra, ve y escucha, para luego intentar decir...

⁵ Se trata, por supuesto, del Amazonas. Amerita que todas vayan con mayúscula por ser la corriente fluvial más grande de nuestro azul hogar planetario.

El asunto quedó grabado en mi mente. Sin que su cuerpo cambiara de posición, me dio la sensación de cómo la rapaz había barrido visualmente todo el entorno. –¡Ese ser sí tiene, literalmente, *cosmo-visión*! –concluí un tiempo después. Y entonces pude complementar con sabiduría amazónica el retazo de sabiduría egipcia que el pueblo de las pirámides más altas del mundo –las más grandes están en Centro América– le había dado a los griegos: eso de que los gatos y las rapaces nocturnas son capaces de ir más allá de la piel de los seres –la luz es un fenómeno de superficie–, adentrándose en su esencia que, por ende, tiene la profundidad insondable de la sombra. Ver el conjunto para ubicar la presa; penetrar en la esencia para elaborar el concepto.

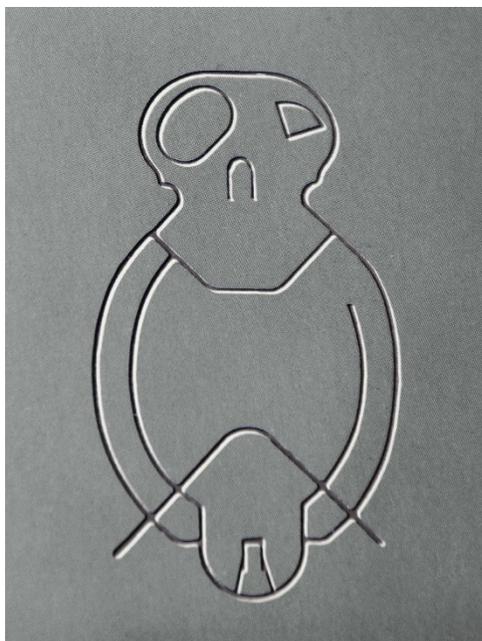
El orden Strigiforme ha estado presente en el campus de nuestra universidad no sólo en sus arboledas. Rother y Kartsen tuvieron a bien diseñar la ruta circunvalar con la forma de ese tipo de rapaces. Tal vez quede alguna que atalaye por ahí cuando cae la noche; lo cierto es que no he vuelto a oír su grito desapacible –lo que también caracteriza a la Filosofía– desde cuando Marco Palacios ocupó por segunda vez la rectoría de la universidad. La cátedra sobre Pensamiento Indígena fue suprimida definitivamente de los cursos de extensión del Departamento de Filosofía.

Pero volvamos a las águilas para retornar al comienzo. No me extenderé; en el catálogo de una exposición anterior –*Selva cosmopolítica*–, desarrollada en el Museo de Arte de la UN (2014), y hoy, de nuevo, en el Claustro de San Agustín, expuse el tema del águila en su contraposición y coyunda con la serpiente, dos factores que se entorchan alrededor de otro: el ser humano, ofreciéndonos la trinidad amazónica del Hombre-serpiente-águila. Para comodidad de los presentes lectores, dada la dificultad de conseguir ese bellissimo catálogo, diré que los amazónicos logran con este trinomio –hombre-águila-serpiente–, esencia del chamanismo amazónico, facilitar la intelección de las operaciones más fundamentales del pensar. Es que los aborígenes de la Gran Selva nos acicatean a pensar profundamente valiéndose de animales que sirven para cavilar con hondura. Quintaesenciando el mito: el hombre se transforma en anaconda (gran serpiente acuática) para ir al inframundo a cosechar los poderes en su raíz más honda –fábrica del Todo– y luego de morir, simbólicamente, se metamorfosea en la gran águila para ascender como rapaz que otea, o posarse en las altas ramas y ver el conjunto y ubicar la partija (la presa) y hacerse con ella. Y el pensar moviéndose en cercanías en que el sujeto se disuelve, primero, para experimentar, para compenetrarse, y, segundo, para avizorar y armar la realidad desde fuera, desde la distancia, saliéndose de lo inmediato para poder establecer conjuntos, totalidades. Serpiente y águila, pareja en paralelo a aquello que lograron los griegos con dos dioses: Dyonisos el que se diluye en el entusiasmo, y Apolo, el arquero –“el que hiere de lejos”, en el decir de Homero, y en el pensar de Nietzsche–, quien se retrae en el sí mismo, se aúna y se aleja y se concentra, apunta y dispara su flecha para clavarse en lo distante.

Y aquí lo que aprendí cavilando en las enseñanzas del Zen en la práctica del tiro con arco:

Yo disparo mi flecha.
Soy certero.
Allende la distancia
me he clavado.
Yo soy la presa,
el dardo,
el arco y el arquero.

Bogotá, septiembre de 2017



Diseño del campus
Universidad Nacional de Colombia

CLASE DE FILOSOFÍA EN EL EDIFICIO LEOPOLDO ROTHER

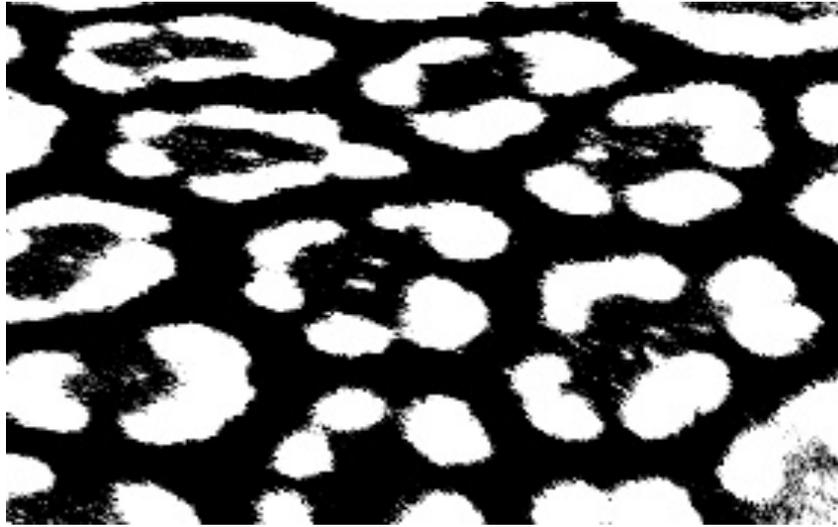
Cuando Cruz Vélez
nos enseñaba
las cosas del Espíritu
–según el Viejo (Hegel)–,
en el alféizar de una ventana
–del claustro que da origen
a nueva arquitectura–
una lechuza atalayaba;
y ya, al marcharnos,
con el bullicio tendía sus alas.

Decía el filósofo,
con honda frase,
que el ave rauda
de la gran Diosa
sólo alza el vuelo
cuando la noche
se va insinuando.

Ave de Palas,
sabia Atenea,
con ojos glaucos
que el Ser develan.

Sobre los pinos alza su vuelo;
Busca al mochuelo
que aquí, en el campus,
Rother y Kartsen un día troquelan
para improntarnos marca de hondura.

Bogotá - Ciudad Blanca - Edificio Leopold Rother
(Seminario: *Hegel*, 1962. Poema: Bogotá, 2001)



Inversión de la fotografía de una piel de jaguar

LUCIÉRNAGAS EN EL JAGUAR DE LA NOCHE

Via Láctea llamaron los griegos y romanos al reguero de estrellas. Pero según uno de los cuentos del Abuelo Trino, es un enjambre de cocuyos que subió y subió y se instaló en el cielo. Y esto ocurrió cuando sobrevino una sorpresiva abundancia de ranas, resultado de una época en que aumentó el invierno –duró casi un milenio según lo pudieron establecer las investigaciones palinológicas de Van der Hammen.

En ese tiempo sin riberas de los mitos hubo una luciérnaga exploradora. Con una seguidilla de efluvios hizo que el enjambre la persiguiera; así terminaron convenció colonizando la noche más ancha, la infinita. Y se volvió centro y organizó a todas las luciérnagas como una espiral, repitiendo las manchas de la piel de la Anaconda Ancestral o del Jaguar-Anaconda... esas manchas que lucen al revés como luciérnagas en la piel soñada de los jaguares negros.

Los griegos no percibieron que ese conjunto de estrellas conformaran una figura coherente, mucho menos que fuera una espiral como lo sabemos hoy día. Las vieron como el reguero de leche sobre el lienzo negro de la noche arcaica, resultado de la *hercúlea* chupada que aplicara el héroe en el turgente seno de la diosa Hera. Los amazónicos sí se le adelantaron a los cosmólogos modernos. Para entenderlo es bueno recurrir a El Etnólogo... esas mayúsculas que bien se ganó Lévi-Strauss, igual que se las ganaron Aristóteles para ser *El Filósofo* y Platón para ser tenido como *El Griego*.

Al solicitarle a Lévi-Strauss su opinión sobre el arte rupestre paleolítico europeo formuló una expresión que había madurado en su manejo de los mitos, especialmente de los amazónicos: es bueno caer en cuenta que los animales que figuran en las pinturas no están allí, simplemente, porque sean importantes por una razón económica (buenos para comer); también lo estarían por algo mucho más complejo: porque son buenos para pensar, y con coherencia lógica, manejando una modalidad de esta disciplina, no utilizando símbolos abstractos sino seres concretos. Se trata de una *lógica de lo concreto*, basada en el comportamiento de lo concreto, de lo real, de aquello que es cotidiano pero que se maneja como símbolo. En ese orden de ideas quizás el animal que más ha servido para pensar –es decir, para vehiculizar pensamientos– sea la

serpiente, dado que como es línea puedo conformar con ella cualquier figura... ondula, es espiral, o círculo sobre todo cuando le da, ya en el ámbito del mito, por devorarse a sí misma simbolizando el Todo, y en esta operación de extremo ensimismamiento terminar siendo punto y luego nada. Un ser que nos sirve para pensar el Todo y la Nada y que además es tubular, y que además cambia de piel y al fijarse en ello sirve para pensar el tiempo, y que además, como anaconda, se consume en los ríos y lagunas y accede al inframundo –fábrica de lo real– y que además reptar por la tierra, trepa el árbol orillero y termina en el cielo... en espiral, eso que es nuestra galaxia; sí, figura en espiral porque es serpiente y no un reguero informe. Canoa-Culebra de los cielos que transporta a la Humanidad; Canoa-Serpiente que navega EL RÍO reflejándose en él mientras va desperdigando a las gentes por las riberas, poblando el mundo...

En las series mitológicas los mitos no se excluyen unos a otros; sí suelen hacerlo muchos pretendidos Sabedores, aquellos que los relatan haciéndolos dogmas que alientan morir y matar por ellos. Los mitos son, entre sí, complementarios. El relato del enjambre de cocuyos, que se instaló en el cielo, se integra en otro, el de la gran Anaconda del Origen. Mediante una inversión gráfica –recurso recurrente en la mítica– las luciérnagas terminarán tachonando su piel o la piel del Jaguar-de-la-noche.



Luna creciente

DE COSAS QUE OCURREN EN LA NOCHE⁶

1- Cuando la sombra ampara el amor secreto

En la profusa mitología de las naciones Murui-Muina (Uitoto) y Féenemīnaa (Muinane), Sol y Luna son personajes masculinos. En las muchas variaciones, cruces y entrecruzamientos de los mitos que hablan de sus orígenes, se muestran como hermanos sí, pero de diferentes padres; los aúna el haber sido paridos por una madre cuyo segundo fruto –el Colibrí, en unas versiones, Luna, en otras– fue el resultado de una infidelidad. En buena parte de los relatos conforman la eterna pareja de héroes culturales que favorecen a los seres humanos para que puedan establecerse y medrar en medio de un ámbito en que lo silvestre se opondrá siempre al artificio de lo cultural, factor que en últimas va a generar la distancia que nos hace eso: humanos, *seres-que-tomamos-distancia-para-Ser*. En eso reside nuestro éxito como especie, pero también, al final, nuestra tragedia.

Pareja de héroes ambigua. Constante el uno, dado a establecer límites temporales y a marcar espacios con la potencia de su luz; cambiante el otro, siempre en la penumbra. Sol está lleno de prudencia en cuanto señor de los límites, en tanto que Luna es su travieso compañero, difuminador, presto a introducir novedad y desorden al borrar lindes, el contradictor necesario para que la realidad se despliegue, sea espiral y no círculo en repetición incesante.

¿De dónde les viene tan marcada diferencia? Sol es hijo de Sol-Viejo, cuya esposa ha caído en las redes seductoras de Gaimo, el Mico-tigre-nocturno, símbolo de la noche que termina

⁶ Hago aquí un apretado resumen de episodios que aparecen en algunas versiones de la saga que narra las múltiples aventuras de los hermanos Sol y Luna. La fuente principal es “La contienda entre Sol·día y Sol·noche”, narrado por don José García y consignado en el libro *Las palabras del origen – Breve compendio de la mitología de los uitotos*, Vol 4 de la Biblioteca Básica de los Pueblos Indígenas de Colombia, Ministerio de Cultura, Bogotá, 2010. Asequible en la Biblioteca Virtual de la Biblioteca Luis Angel Arango.

devorando al marido engañado. De esa unión ilícita nacerá el Otro-Sol, el de la noche. Equivocado, éste contribuirá con su hermano Sol-día a matar a Gaimo y será partícipe, sin quererlo al igual que su hermano, en la muerte de la madre; la infiel que cae en una trampa de boruga o armadillo que han instalado los héroes.

En otras variantes del relato, la tendencia transgresora de Gaimo perdura de todas maneras en su hijo Sol-noche. Aprovechará la circunstancia de la ausencia de su hermano Sol-día para coquetear con su cuñada y seducirla.

Sol-día, antes de su descenso al inframundo para potenciarse y tener la fuerza para cumplir su labor cotidiana, descubre los juegos lascivos de la pareja. Ya estaba prevenido pues el chisme lo había regado Nokaido, el *Tucán-libidinoso*, quien pretende ser también amante de la mujer y al ser rechazado por ésta, en desquite, difunde la noticia.

Sol le pide a su mujer que lo pinte. Para que tal operación resulte óptima, le sugiere reforzar el sumo de la planta *uito* con tizne del tiesto en que su hermano Luna tuesta la coca. La mujer, en sus juegos lascivos, con quien se acerca de noche y la seduce, con sus manos tiznadas restriega el rostro de su amante y luego le echa mano a sus testículos; el hombre le retira las manos, se embadurna las suyas y con ellas toca el sexo y los senos de la mujer. Tales manchas quedan para siempre. Por eso Luna tiene la cara tiznada y las mujeres ostentan un tono oscuro en los pezones y en la aureola de sus senos, igual que en su sexo.

2- Las fases de la luna

Ante tan visible evidencia, Sol-día fragua la venganza. Prepara la asechanza. Le pide a su hermano desanidar unas crías de guacamaya que chillan y se asoman desde un agujero, en el tocón de lo que fuera un gran árbol, que ha quedado generando peligro en medio de la chagra. Peligrosas esas troncas podridas, restos del antiguo orden de la selva, el poder de lo que aún perdura en el corazón de lo signado por el hombre: el huerto, en que el artificio de la agricultura trata de reemplazar temporalmente lo salvaje. Lo que ha puesto el ofendido hermano en el hueco de ese tronco sin vida consiste en unas piñas que ha convertido en pichones de guacamaya. Su hermano fabrica un andamio, trepa y no alcanza al hueco pues el tronco crece y crece obedeciendo la brujería de Sol-día. Sólo lo logra cuando ya está muy alto. Entra y agarra las crías, pero el orificio se obtura y el soporte se convierte en montaña... esas montañas de cuyas quedades sale la noche cuando la luminaria diurna concluye su itinerario.

Prisionero, Luna padece. Para saciar el hambre echa mano de las piñas que para su engaño habían sido convertidas en crías de guacamaya. Consume trocitos mínimos. Es la causa de que esas frutas luzcan eso que llamamos *ojitos*. A pesar de su previsión, se agotan y ha de consumir sus propios excrementos y beber su propia orina. Cuando Luna ya desfallece, llega Etto, el *Pájaro-hachador* –convocado por Nokaido–, quien perfora con su pico el *Árbol-montaña* del que el prisionero puede liberarse bajando por un bejuco, que otro animal –Kuita– ha generado al dejar escurrir su baba mientras consume caimo. Pero esto no sucede inmediatamente. Practicar el orificio ha tomado su tiempo. Luna ha de ir tanteando salir, asomándose más y más a medida que el pájaro carpintero aumenta la abertura: esas son las fases de la luna.

3- El agua que divaga sin cauce

Una venganza convoca otro desquite. Mientras Luna permaneció prisionero atrapado en el oscuro interior del Árbol-montaña, oyó en las noches el ruido de un agua misteriosa y formidable que vaga por el mundo desde su origen. Divaga sin cauce. Es consciente del enorme poder que ella encierra, pues se trata del agua original oscura donde se gesta el mundo y al que volverá cuando lo destruya por causa de las acciones desmedidas de los hombres. Decide capturarla. Hace un hoyo en la tierra por donde sospecha que pueda pasar. La trampa funciona.

Luna procede luego, mediante gestos y conjuros mágicos, a hacer crecer el pocito, hasta convertirlo en una laguna llena de peces. Pero a lo que más dedica su cuidado es a la minuciosa talla en madera de una pareja de peces grandotes a quienes impronta ansias antropofágicas, dándoles señas para que capturen determinadas presas que, bien pronto, se encargará de llevarles.

Luna se hace encontradizo con gente de la maloca de su hermano Sol-día dando pistas falsas de su prolongada demora y comentando que la cantidad de pescados que ha dejado a la orilla de la chagra es una mínima muestra de la abundancia en tal laguna. Incita a que vaya toda la comunidad a pescar en ella, donde ya ha dejado instalado un gran tapaje, la gran trampa de pesca que aísla el sector de la laguna por donde esta desagua.

Todos concurren. Usan barbasco. En un determinado momento, cuando el turno de pescar le corresponde a Sol-día y a su mujer, Sol-noche suelta los enormes peces que preparó para su venganza. Devoran a la pareja. Toda la concurrencia que aún estaba en el agua es maldecida y quedan convertidos en aquellos animales que comen peces. Quienes estaban en las orillas también fueron convertidos en bestias terrestres, y la humareda que se levantó de las paseras en que la gente ahumaba los pescados, también quedó transformada en animales tales como gallinazos y golondrinas.

Veamos cómo concluye este mito en la narración que de él hace el Abuelo José García:

“Sol-noche subió al cielo, al lugar donde se fue la mujer de su hermano. El mundo quedó vacío. Al otro día aparecieron los dos hermanos, los dos soles.

Salió Sol-día. Alumbró la tierra. Todo su cuerpo quedó convertido en candela. Dijo:

–Ahora soy yo quien va a tomar venganza.

Él venía con lanza. Venía preguntando:

–¿Dónde está mi hermano?

Le decían:

–Por ahí. Más adelante está tu hermano, comiendo coca y chupando ambil.

Sol-noche, muy astuto, iba dejando a todos aquellos que hablan en lo noche. Sol-día creía que quien hablaba era su hermano. Alumbraba donde oía las voces. Ponía cuidado. Oyó a Búho y al alumbrarlo [lancearlo] el pájaro dijo:

–Abuelo: ¿Por qué nos quemas si nosotros nada te hemos hecho? Fue tu hermano el que te hizo eso. Tú no le haces mal a él, ¿por qué sí a nosotros?

Ese lugar en que Sol-día sorprendió al pájaro quedó quemado, seco, árido. Siguió adelante. Llegó a otro sitio y alumbrió: apareció allí una sabana. Más adelante volvió y alumbrió en la mitad de este mundo; todo se convirtió en piedra: fueron las cordilleras.

Entonces Bikójito, el Hijo-del-firmamento, dijo:

–Aquí no está tu enemigo. Sólo están tus hijos, las frutas, porque tú eres el padre de las frutas. Tu hermano está más adelante.

Sol-día, siempre perseguía a su hermano Luna, sin poderlo alcanzar. Cuando sale el sol, siempre tiene a la luna adelante. Así queda esta historia. Fue esa la pelea entre los dos hermanos. Nunca se peleó Sol-día con los demás. Quedó como consejero de la humanidad. Esa candela que siempre luce es la rabia contra el hermano porque le hizo mal. Por eso él va secando todo lo mojado, los palos que no sirven, para que la gente pueda quemar la tumba y sembrar la chagra para tener que comer.

Sol-noche, que no tiene ese fuego sino el calor del propio cuerpo que es fresco, es el que nos hace crecer a nosotros y a la naturaleza, porque nosotros crecemos es de noche.

Aquí termina la historia de Sol-día y Sol-noche.

Bien recuerdo lo que me contó sobre la Noche el cacique Florencio de Los Monos, aguas arriba de la raudalera de Guaimaraya, en el río Caquetá, reafirmando lo dicho por el Abuelo José:

‘Cuando uno mambea y chupa ambil y se queda en silencio al final de la sesión nocturna del coqueo en la maloca, y si se pone mucho cuidado, se logra oír cómo los árboles beben sacando la vida de lo oscuro. Es que todo lo que crece, crece en la noche’, y desde esa Noche perenne que es el seno de la tierra.

Bogotá, septiembre de 2017



Interior de una vivienda indígena
Fotografía de Francisco Robayo

MALOCA - O CÓMO SER NOCHE EN PLENO DÍA

–Los espero en la maloca para que se coman un buen pedazo de venado –nos dijo don Noé Rodríguez, a quien acababa de fotografiar mientras, terciada su escopeta, cargaba un improvisado capillejo (morril), confeccionado habilidosamente con un ramo de palmera, y del que sobresalían por el entramado las pezuñas bisulcas de la presa recién cobrada.

Hacia más de media hora nos había llegado el sonido de un disparo. Yo estaba en la banda sur del río Caquetá, cerca de la desembocadura del río Nocaimaní, reseñando los numerosos grabados tallados en el lecho pétreo, en pleno verano; es cuando al bajar las aguas se hacen visibles. Me acompañaba como asistente de investigación la hoy maestra de Arte y Profesora en la UN, Gloria Merino, mientras que en la maloca, trabajando con doña Úrsula, esposa de don Noé, estaban Cecilia Gregory, Blanca Vargas de Corredor y Mery Figueroa, estudiantes de Antropología a quienes asesoraba en su primer trabajo de campo.

Era más del mediodía y el calor era insoportable en el pedregal; las piedras negruzcas habían absorbido el implacable sol en un cielo que lucía casi sin nubes desde la aurora. A esto se sumaba la arremetida de los miles y miles de mosquitos que a pesar de nuestras previsiones – guantes, mangas largas y máscaras, fruto de molestas experiencias en anteriores trabajos–, se las ingeniaban para burlar nuestras defensas descubriendo cualquier rotico para penetrar caminando, chuzar, succionar y rodar como bolitas llenas de sangre. ¡Por algo los llaman *rodadores*!

Resolvimos con Gloria empacar nuestros corotos: cámaras, lentes, trípode, cuadernos y demás chismes e iniciar el camino de vuelta por entre la ribera pedregosa, largo trecho que nos

separaba de la frescura de la maloca en la que se nos proponía tan sabrosa pitanza, que venía a reemplazar nuestra habitual y magra ración de nueces, pasas, algo de pescado o rana moqueada (ahumados), casabe y limonada.

Con sólo entrar en la gran choza ya se obtenía una doble e inmediata ganancia. La diferencia de temperatura era de no menos de 8°C, como lo logramos medir en una ocasión similar. Por eso los indígenas maloqueros, cuando vienen a nuestras infernales ciudades de tierra caliente, se aterran de los estúpidos que son los “blancos” que, o bien se tienen que aguantar semejantes temperaturas, o bien tienen que pagar un montón de dinero por los medios artificiales con que atemperan el ambiente. —¿Por qué no construyen malocas? —me decía alguna vez uno de ellos. El segundo beneficio inmediato es que la horda de mosquitos quedaba atrás. Estas amplias chozas, a diferencia de las construidas en otras regiones, procuran no dejar intersticios en las partes bajas de sus entramados y está, además, la presencia de algo de humo proveniente de los fogones que, junto con la baja temperatura ahuyenta la plaga. El problema es que la visión se dificulta. Ha de pasar un buen rato para que la retina se abra lo suficiente. Esta penumbra es la que más detesta la plaga de los alados hematófagos diurnos, que, en cayendo la tarde se pierden quien sabe en qué infierno y no vuelven a dar señales hasta que el canto de las aves trae el amanecer. Sí, la maloca es una noche artificial en pleno mediodía.

Esa tarde Gloria dibujó al carboncillo la cabeza del venado y Cecilia se las ingenió para ayudarme a armar un bodegón con frutas amazónicas. Esa ha sido una de las fotografías que más aprecio de mi archivo. Y ya en la noche, una vez que don Noé hubo preparado su coca, nos adentramos con Blanca en el tema que más le interesaba: la maloca, asunto sobre el que terminó elaborando su excelente trabajo de grado, la primera tesis de Antropología declarada laureada en Colombia (1988), luego del juicio entusiasta proferido por Carlos Patiño Roselli y Guillermo Páramo Rocha. Fue en esa inolvidable charla con don Noé que éste nos explicó que la gran casa tradicional de los indígenas de la Amazonia, además de ser ya una noche entre el día es, por eso mismo, resulta una doble noche en la Noche, con todo lo que ello implica, especialmente eso de que el ser humano para ser de verdad, necesita madurar [socializarse] en ese vientre oscuro, construcción que constituye un límite que lo aísla del mundo silvestre; ahí se cuida el fuego del hogar, que poco ilumina, pero que abriga en las horas frías del amanecer y donde lo que viene de fuera se *domestica* haciéndolo apto para el ser humano mediante la cocción, alquimia que purifica, transforma y morigera la fuerza de lo salvaje. El fuego, don de los héroes culturales Sol y su medio hermano Colibrí, instrumento cuyo manejo por parte del ser humano es visto como una clara diferencia con la bestia que, por lo general, rehúye su presencia. Y ahí se practican los ritos, en especial los grandes Bailes con los que la gente rehace simbólicamente el mundo, repitiendo las cosmogonías para que la acción de los hombres, de nuevo armonizada y potenciada con esa vuelta a los orígenes, medre a plenitud.

“No tener maloca es ser como un animal”. Desde luego que este concepto, de tomarse de manera radical —y algunos lo toman así—, resulta bien inapropiado por lo excluyente, toda vez que existen los nómadas de la selva quienes fueron sus más antiguos pobladores; la agricultura, asociada generalmente a las malocas, resulta mucho más reciente. Por otra parte, estos nómadas construyen abrigos que, si bien es cierto son provisionales, no dejan de marcar una diferencia artificial con el inmediato entorno; y estos sencillos abrigos también están cargados de profusos simbolismos. Los pueblos maloqueros ven en los nómadas de la selva gente “peligrosa”, reputados brujos que saben muy bien las “artimañas mágicas de los animales”, por estar “más próximos a ellos” [menos aislados]. En realidad resultan observadores más experimentados, óptimos cazadores.

El animal silvestre es considerado, especialmente por los sedentarios, el enemigo del ser humano; su opositor cósmico. En esta permanente contradicción complementaria, dialéctica sin síntesis [tal vez sólo posible transitoriamente en el brujo], se hace posible la dinámica que mantiene el mundo funcionando. Los ritos están para llamar la atención respecto de la necesidad de restablecer los equilibrios cuando la acción exagerada de los hombres en contra de los seres salvajes (elementos, plantas, bestias) rompe la tensa armonía. Por eso se regula la tumba de la selva que, luego de unas cuantas cosechas en los huertos, se ha de abandonar para que se recupere; por eso sólo se debe cazar y pescar lo indispensable y solamente en las períodos que los Sabedores de la tribu recomienden, tempos que se han venido detectando mediante una milenaria e inteligente observación de los entornos y del comportamiento de las especies animales.

Tal vez fue en esa ocasión en que se habló de la Noche en las malocas, que caí en la cuenta de la fecunda relación simbólica entre el mínimo espacio iluminado en que se agita el varón en el coqueadero, alumbrado por el débil mechero rústico, y el amplio círculo de penumbra y sombras profundas que lo entornan. En ese ámbito oscuro reposan en sus hamacas las mujeres, para quienes está vedado el mambeadero, espacio mínimo del varón, rodeado del amplio espacio vital oscuro donde reside la presencia maternal, la que gesta y cuida la prole. Fue cuando cobré más conciencia de lo nocturno de la esencia femenina.

Hay algunas ultrafeministas que se ofenden –¡y de qué manera!– cuando en las conferencias lanzo el piropo en que afirmo que la mujer es por esencia un ser nocturno, en tanto que el hombre se mueve en la luz. Cuando hago esa afirmación, generalmente dejo un espacio de silencio, o cambio un tanto de tema haciendo cualquier circunloquio, para darles tiempo de enverracarse y alzar la mano y reclamar el derecho innato que les asiste de ser o sentirse luminosas. En su desazón, las más prevenidas llegan a pensar que las estoy llamando furcias, por cuanto éstas, habitualmente, ofrecen sus respetables servicios en el ámbito nocturno; actividad asociada en su vetusto y venerable origen a los rituales que despiertan las potencias de la tierra negra, la tierra fértil hendida por el arado, culto agrario que luego se refugió en la penumbra de los templos consagrados a la poderosa Diosa de las profundidades oscuras, desde donde se abre el milagro de la simiente; y fue allí, en los templos –lugares en que se trata de domesticar la fuerza descomunal de las divinidades– donde luego de enaltecer a las mujeres comenzó su degradación. Había que dejar un tributo, además del simbólico semen. Pero siempre termino en mis charlas por fundamentar lo dicho. Agregó que la luz es la piel de las cosas, un fenómeno de superficie, en tanto que la sombra es profunda y es de allí de donde emerge todo, al menos todo lo que vale la pena porque tiene raíces hondas. Toda raíz es tanto más raíz, tanto más profundo se hunda, y esa hondura es siempre oscura. Es allí donde se fraguan las creaciones.



Vivienda indígena
Fotografía de F. Robayo

Se trata de la puerta de una morada indígena en la noche. Algún Abuelo amazónico, cuando me enseñaba los saberes de su pueblo, me contó que había quienes pensaban, al mirar los cielos nocturnos, que las estrellas no eran otra cosa que las puertas abiertas a la noche de las malocas de los pueblos que habitan las planicies de arriba. Por tratarse de una tradición que es común a muchas culturas en todos los continentes, me dio por remontarme con la imaginación a la experiencia decisiva de nuestra antepasada primordial, en una colina de la llanura africana, hace alrededor de 300.000 años:

Una noche, después de una dura jornada de buena caza, mientras su gente rodeaba la hoguera que ahuyentaba a los depredadores, se apartó unos pasos y observó aquí y allá, en la negrura que se extendía a su alrededor, el parpadeante brillo de las candelas junto a las cuales pernoctaban otras bandas de cazadores recolectores, aliadas unas, rivales otras. Luego, alzando la mirada contempló, como tantas veces antes, la bóveda celeste. Entonces, en esa noche privilegiada para «la especie que interroga», se hizo una vez más la pregunta por las luces que tachonan el cielo; sólo que esta vez, *descubrió* (imaginó) que las luminarias de arriba eran los innumerables fuegos de los campamentos que encendían en su noche otras gentes en la llanura celestial, duplicando el mundo que ella conocía.

Conmovida, buscó los gestos y las palabras para verter el asombro de su hallazgo; lo contó alrededor del hogar (el *ethos*) donde no sólo se cocinaba la carne de las presas sino también las ideas. Con el correr del tiempo su decir se hizo mito, estrategia narrativa que salva del olvido los hallazgos fundamentales del ser humano. Desde la actitud mítica también surgió el arte, la religión, la filosofía, la ciencia... con certeza plena no sabemos en qué orden, y a esa actitud fundamental –la mítica– volvemos siempre, o quizás nunca hemos salido de ella porque es la que estructura los asombros.

Transcurrieron milenios y milenios. De esa mujer africana procedemos todos los humanos de hoy. Y todos: africanos, euroasiáticos⁷, australianos, oceánicos, y abyayalenses

⁷ Se denomina «continente» a una gran masa de tierra rodeada de mares o separada claramente por mares. Por eso Europa no llegó a serlo; de haber ocurrido, el “continente europeo” limitaría al este con el mar de la China. «Eurasia», es fórmula más apropiada por conjugar esos dos grandes conjuntos de múltiples maneras de armar el mundo. En menos de una generación antigua (no las que impone hoy “la moda”, ¡tan breves!), de acentuarse la crisis europea y continuar en ascenso incontenible los tigres asiáticos, la expresión Eurasia cobrará más vigor y se terminará por imponer la noción de que Europa no es más que una península del gran continente. Por si

(“amerindios”), proyectamos en el cielo estrellado aspectos de nuestra experiencia cultural. Explicamos el cielo estrellado desde nuestra situación y, de rebote, le encontramos sentido cósmico a nuestra cultura porque la *vemos* «duplicada esquemáticamente» en el cielo.

Bogotá, septiembre de 2017

fuera poco, para no sermonear en tan manidas e inútiles diferencias, todos los continentes fueron uno en un muy lejano pasado; gran ayer al que siempre volvemos cada vez que queremos sentirnos hermanos. Hoy, una de las ventajas que conlleva la globalización mental positiva, la noosfera de Teilhard, nos hace tomar consciencia de la unidad de la materia, de la vida y del pensar, asumiendo sus deliciosos matices.

LA SOMBRA

— Un cuento ecuatorial —

Decía el Abuelo Trino que una de las brujerías más temibles y difíciles consistía en darle autonomía a la propia sombra, enviándola en comisión a hacer oficios muy especiales. Explicaba que lo más complicado no era tanto proporcionarle esa libertad, sino lograr ponerla otra vez bajo control total, haciendo que se reintegrara a su troquel. Para una plena eficacia se precisaban ciertas precauciones basadas en un profundo conocimiento de «la naturaleza de la sombra», esencia que determina —como en todo ser— sus preferencias y antipatías. Por ejemplo, era gran amiga del sol mañanero y del crepuscular, pero detestaba el de mediodía⁸, razón por la cual se retraía.

El Abuelo advertía el cuidado expreso que ha de tenerse cuando se trata de lograr su liberación en horas de la tarde; son las que a ella más complacen y en que resulta más fácil esa hechicería; pero durante los momentos en que luz se va debilitando se corre el grave riesgo de permitirle su conexión con la Gran Sombra, en que puede disolverse, reintegrándose a la energía oscura de donde salió para dar origen al ser del que es sombra (todo ser es la concreción de una sombra; siempre lo precede). De acontecer esto, el retorno sería imposible. Otra de las precauciones consiste en practicar la recitación de los conjuros pertinentes a cielo abierto y sobre un piso liso, un instante antes o uno después del mediodía; de no ser así la sombra puede aprovechar cualquier agujero natural para comprimirse y escapar. (Saber, también, esto le permitió a Eratóstenes su medición de la tierra). Hecho lo propio ha de ofrecérsele, para reposar y cuidarse del sol que la desintegra, la talega de la coca o el coquillo del ambil (pasta de tabaco). Lograr que se introduzca en uno de tales vientres oscuros no es cosa difícil pues la sombra tiene una inclinación irresistible por esas poderosas sustancias de poder. Recluida allí, el brujo rodeado de total oscuridad, puede ordenarle lo que tenga previsto, en la certeza de que ha de volver al recipiente; es como si quedara atada por un irrompible lazo invisible.

Agregaba el Sabedor que a él le fue dado conocer a un hombre sin sombra; otrora había sido un gran hechicero, pero por una mínima distracción trastabilló en el momento de pronunciar el ensalmo, falla que aprovechó su sombra para escapar definitivamente a su control, y terminar cayendo en poder de la secta de los brujos cuya especialización es robarlas. La principal característica de tal hombre era la imposibilidad de concentrarse, razón por la cual sólo tuvo entrecortadas frases cuando se le interrogó acerca de cómo sentía el mundo. El Abuelo me contaba que *El-sin-sombra* era una persona (¿sí sería persona?) que daba una sensación imborrable de carencia, de ausencia, de falta de consistencia; de él emanaba una especie enfermiza de luminosidad que se acentuó con el tiempo hasta terminar por desaparecer, todo él, entre un pálido resplandor.

⁸ Conocer muy a fondo esta inclinación natural de la sombra le permitió a Ansel Adams lograr sus espléndidas fotografías. Y otro artista, dio con una clave óptima para interpretar un aspecto de la técnica pictórica de los artistas dedicados al arte rupestre, fue el maestro Dioscórides Pérez. Charlando alguna de las tantas veces que hemos abordado el tema, me dijo: “Pienso que ellos lo que imitaban, cuando les daba por imitar lo real, eran las sombras. Y no siempre imitaban; transfiguraban e inventaban estampando figuras que solo residían en su imaginación creadora”.

Contaba Don Trino que en una antiquísima tradición de su pueblo se habla de cómo el día está hecho con la sumatoria de las esencias de tales personajes; vivían sumergidos en una penumbra perpetua y requerían de su propia luminosidad para orientarse. Por supuesto, no proyectaban sombra alguna. Fue *día* el momento en que se pusieron de acuerdo. Esa vieja doctrina da razón también del por qué los seres completos, es decir, aquellos que cuentan plenamente con su sombra, pueden llegar a profundos grados de concentración sólo en las más altas horas de la noche, cuando con la intermediación de su inseparable compañera logran adentrarse en la energía original, ámbito oscuro de donde emerge toda auténtica creación.

Algunos años después, el Abuelo Trino volvió a referirse al asunto y pude corregir y ampliar un tanto algún pasaje del relato. Muchas de las confusiones se deben a que el Sabedor usa una lengua aglutinante y bien se tiene averiguado que con estos idiomas se corre el riesgo de dar lugar a traducciones tan variadas –dependiendo de la imaginación y de los irregulares estados de ánimo de los intérpretes– que algunas parecen francamente contradictorias, si bien todas terminan por ser complementarias. Se trata de «*El día de los brujos que roban sombras*», un evento que tiene lugar cuando, los más avezados en la operación que los define, concentran su botín en el corazón de una maloca. Como justificación dicen que se las han arrebatado a los seres para llevarlas a un baile. Tal parece que ese ritual se hace coincidir con la periódica inundación anual, tiempo en que el sol permanece velado, durante semanas, por una densa nubosidad. La ceremonia se efectúa para que la gente no olvide la *Gran Inundación Cíclica* que, cuando inevitablemente se repita, sumergirá todo en el caos original, catástrofe en que la totalidad de las sombras vuelve a la Gran Matriz para renovar su fuerza. Siguiendo alguna de las múltiples versiones de una tradición oral no anclada en dogmas –razón por la cual la variación tiende al infinito–, hay quienes afirman que ese baile sólo se realiza durante los eclipses totales de sol, momento en que la pava (cuyo canto trae el amanecer) canta en forma desapacible en protesta por haberle duplicado su trabajo.

Bogotá, agosto 26 de 2007



Petroglifo. Río Caquetá. Región de Araracuara
Dos seres humanos sentados frente a frente - Perspectiva lateral

LA SOMBRA Y EL ECO

*Somos
la sombra y el eco de un dios*

El Padre sentado entre el Silencio,
maduraba silencios.

Aún no se escuchaba el trueno,
el susurro del agua,
ni el murmullo del viento entre las hojas,
el rugido del tigre, el grito de las águilas,
ni la voz como espina del zancudo,
la canción de la siembra,
ni el canturreo del sabio en la maloca.

Buscaba las palabras de hacer la creación.
Buscaba las palabras de dar vida.

¿Con quién puede hablar el dios
para hacer que los seres emerjan de la ausencia?

Entonces vio su sombra.
Estaba allí, sentada.
Se inventó la palabra y el eco respondió

(el eco que es la sombra del sonido).

–¡Ya tengo compañero!–
Exclamó el Padre,
–oído que me escuche
y voz que me responda
para fraguar la forma de los seres.

Fue así como los hombres nos formamos.
Por eso nos sentamos frente al padre
y cuando en el ritual la voz eleva
repetimos sus últimas palabras⁹.

Fernando Urbina Rangel
Poema compuesto sobre la base de un mito narrado por
El Abuelo Chuumu Güio de la Nación Féénemínaa (Muinane)
Bogotá, abril de 1995

⁹ En las sesiones rituales de mambadero (coqueadero), cuando el preceptor habla, el discípulo, que ha de estar muy atento, repetirá la última palabra en la pausa que el Sabedor haga en su cantinela. Es como su eco. En ocasiones, las palabras del maestro se espacian un tanto y son intermediadas por repetidos ¡jmm, jmm, jmm!... que el discípulo también imita, remedo del Origen cuando los órganos de los Progenitores vibraron en la cópula cósmica; entonces, cuando de nuevo se escuchan dan la sensación de venir cargadas del poder que engendró el Todo.

CONTROLANDO SOMBRA CON SOMBRA

Recordando a Jitoma Zafiama (1942-2021)

En las narraciones preferidas de Jitoma Zafiama (José Octavio García) figura el mito *El diluvio y el origen de los bailes*. Es un relato crucial, toda vez que en él se instituye el precepto que permite el equilibrio cósmico. Se hace referencia al castigo que la humanidad sufre como consecuencia de haber tratado de aniquilar una especie animal por vengar una ofensa, algo que termina por desequilibrar el mundo, tejido en que cada ser resulta indispensable. La vuelta al caos queda patentizada en el diluvio que sobreviene y que borra todo de la faz de la tierra. Los sobrevivientes han de regresar al seno oscuro del inframundo, de donde emergieron en una primera creación y han de permanecer allí revueltos e indeterminados. Es el caso de los seres humanos, sombras de lo que fueron: sin lenguaje, sin fuego, sin maloca.

El héroe cultural Buinaima –divinidad vinculada con el agua del inframundo– divaga por doquiera buscando la manera de rescatar la humanidad perdida. Juzíñamui, el Sol Viejo violento, caníbal, devorador de cadáveres y obviamente interesado, lo orienta en su labor; pero que sean las palabras de Jitoma Zafiama las que traigan a cuento el pasaje pertinente de ese largo mito. Dice Juzíñamui:

–La gente está debajo de la tierra. Para poder rescatarla debes coger una vaina de achote [bija], le sacarás las semillas y las irás colocando en los lugares por donde salga la voz de la gente cuando la llames.

Al día siguiente Buinaima hizo tal como le había aconsejado Juzíñamui. Recorrió el mundo entero; él tenía el poder de hacerlo en un rato. Iba llamando a las gentes y donde le contestaban, colocaba una semilla de achote. Terminó su trabajo sin que le faltara o le sobrara simiente. Regresó a la casa y después de contarle a su mujer lo que había hecho, le dio un consejo:

–Cuando se oiga venir a las gentes, no vayas a decir nada, porque si gritas les dará miedo y se devolverán.

Desde entonces, cuando hay un enfermo muy grave es costumbre entre los uitotos y muinanes no gritar cerca de él, pues su espíritu o alma anda lejos y podría asustarse y alejarse definitivamente causándole la muerte.

Al fin llegó la hora indicada. Ya atardecía cuando la gente empezó a brotar. Se iban acercando a la gran casa comunal. De pronto se oyó una voz en la maloca de Buinaima, que gritaba:

–¿Quiénes serán los que vienen si aquí no hay gente?

Al oír estos gritos, los que venían se asustaron y retornaron al lugar de donde habían salido. El hombre se enojó con la mujer pensando que era ella quien había gritado, y a su vez, ella lo culpó a él. No se comprendieron ni supieron quién lo

había hecho. Quien dijo las palabras fue Janaba, la sombra mala, haciendo el mal. Ese fue el comienzo de las peleas entre marido y mujer.

Volvió Buinaima a invocar a Juziñamui y esa noche el dios le recomendó que utilizara la semilla del tabaco ejecutando la misma operación. Así lo hizo Buinaima. Cuando terminó, ya por la tarde, regresó a su maloca y se sentó junto a su mujer, uniendo sus sombras para controlarlas mutuamente. Más o menos a la misma hora oyeron ruidos. La gente salió de la tierra y llegó a la casa de Buinaima y Jérofaikoño, quienes los recibieron con la alegría con que se acoge a un hijo después de haberlo extraviado. De cada tribu salió una pareja. Los uitotos y muinanes decimos que fue así como resucitaron nuestros antepasados, y por eso en la actualidad creemos en Juziñamui y en el poder del tabaco para hacer el bien, para curar.



La noche nace en las raíces de la montaña

Himalayas – Fotografía: F. Urbina, 2010

EL QUE FUE A LA MONTAÑA

El sabio,
quien luego se llamaría
«El que enseña la noche»,
fue a la montaña.

En ese entonces,
y de esto hace ya muchos inviernos,
llevaba el corazón y la mente confusas,
pero no lo suficiente para dejar de intuir que,
en llegando a la cumbre,
alguna solución alcanzaría.

Fue rápido el ascenso.
Una vez en la cima de la cima
apenas si se podía mover.
Es un punto hartamente inestable;
además, cuando se llega allí
cualquier desplazamiento es ya un descenso;
todo invita a la inmovilidad.

Algo sintió.
Entonces supo
que la luz es algo muy superficial
—delgada piel con que los seres
enmascaran su existencia—
amén de ser ingenuamente engañosa,
entre otras cosas, porque deslumbra.
Inició el descenso, lentamente,
como es lo propio al buscar lo profundo.

Al llegar a la raíz de la montaña
comprendió que la sombra
no necesita ser veloz como la luz:
no tiene afán de llegar a parte alguna.
Se está en ello.
Toda sombra es instantánea;
la luz siempre llega de alguna parte,
siempre se retrasa
es presuntuosa
y busca ser notoria.

Se tornó *Maestro-de-sombra*.

En su corazón cuidó
no la llama que deslumbra,
sino la brasa que abriga.

Bogotá, 18 de octubre de 2015

MI SOMBRA

La sombra se va escondiendo
cansada de caminar
y cuando se quede dentro
no volveremos andar.

¡Ah mi sombra, compañera:
¿cuándo muera a donde irás,
si te diste siempre maña
de a mi lado caminar?

En la caja de mi tiple
allí siempre vas a estar
para que algo de mí quede
en un son o algún cantar.

Cuando alguien lo pulse
entonces
algo de mi va a sonar;
no se perderán los cantos
que me diera por cantar.

Si tú los oyes un día
y repites su compás,
con ellos vendrá mi sombra
y te habrá de acompañar.

Bogotá, diciembre 23 de 2019

LA SOMBRA



Villa de Leyva – Enero 9 de 2020

Voy a dejarte mi sombra
escondida en la pared,
te silbará cuando pases
y sabrás de mi querer;
y no te extrañes ni asombres
que el secreto lo aprendí
cuando estuve entre las brujas
hablando solo de ti.

Generosas me enseñaron
que si silbo a una pared
quedará el sonido en eco
repetiendo mi querer.
Y no te olvides que el eco
es la sombra de un decir,
y la sombra es solo el eco
de quien más te quiere a ti.

Nota.

Mi poca preparación en brujería no me ha permitido que sea la sombra quien tome la fotografía; espero lograrlo algún día.

Bogotá, 16 de mayo de 2020
